

lo que no tienen, sin perjuicio de arrepentirse ya tarde en el momento de la prueba.

Habia invocado, no obstante, el justo juicio de Dios contra la raza del Aleman Rodolfo y de Alberto, su hijo, que dejaron por codicia devastar el jardín del imperio, y maldijo á Wenceslao, nutrido de ociosidad y de lascivia; pero preparó al divino y felicísimo Enrique de Luxemburgo un asiento en el paraíso, y le exhortó á descender á Italia. Cuando le veía detenerse alrededor de Brescia ó de Milan, le excitaba á ir y cortar la cabeza de la hidra, de Florencia, « vïbora que se vuelve contra el seno materno; oveja enferma, que al aproximarse contamina el rebaño de su señor; Mirra depravada é impia, que se inflama en el fuego de los abrazos de su padre. » De este modo provocaba al extranjero contra Florencia, que entónces y despues fué la fortaleza de la libertad italiana. Cumpliéronse los votos del poeta: el extranjero cabalgó en aquella Italia, fiera, pérfida y cruel; y los abrazos de los emperadores, cuando los papas se convirtieron de enemigos en aliados y conniventes suyos, prepararon una época de oprobiosa esclavitud, y la malhadada necesidad de acudir á terribles tentativas para emanciparse.

Apresurémonos á decir que en la mente de Dante aquel emperador debía residir en Italia, y que, segun sus palabras, los monarcas se habian hecho para el pueblo y no el pueblo para los monarcas, añadiendo que estos no son mas que los primeros ministros del pueblo: así el sano juicio natural en el autor recobraba su fuerza en cuanto se amortiguaba la ira del momento. Del mismo modo, á pesar de haberse mostrado celoso de los orígenes puros, ataca los privilegios de la cuna y el edificio feudal, hasta el punto de querer que se aboliese, no solo la herencia de los honores, sino tambien la de los bienes. « El poder público no debe redundar en beneficio de unos pocos, que invaden con el título de nobles los primeros puestos. Si se les da oídos, la nobleza consiste en una serie de abuelos ricos, pero ¿ qué estimacion merecen riquezas despreciables por las miserias de la posesion, por los peligros de su acrecentamiento, por la iniquidad de su origen? Esta iniquidad parece provenir, ora de una ciega casualidad, ora de una industria astuta, ora de un trabajo interesado, y por consiguiente extraño á toda idea generosa, ora del curso ordinario de las sucesiones. No es posible conciliar esto con el órden legítimo de la razon, que desearia que pasara la herencia de los bienes al heredero de las virtudes. Si el derecho de los nobles estriba en la larga serie de generaciones, la razon y la fe conducen todas estas á los piés del primer padre, en quien todos los hombres fueron ennoblecidos ó declarados plebeyos. Ademas de que como la aristocracia hereditaria supone desigualdad, la multiplicidad primitiva de las razas repugna al dogma católico. La

verdadera nobleza reside en la perfeccion á que puede llegar cada criatura dentro de los límites de su naturaleza; respecto del hombre especialmente existe en la armonía de felices disposiciones, cuyo gérmen deposita la mano de Dios en su seno, y que cultivadas por una voluntad diligente, se trasforman en adornos y virtudes. »

Ademas de la Divina Comedia compuso Dante otras poesias, y especialmente canciones amorosas de que hizo despues un comentario en el *Convito*, obra mediana, donde habiendo llegado á la edad madura, quiere buscar razones filosóficas á sentimientos emanados directamente de encantos juveniles.

Nuestros lectores saben que en la época de Dante, hacia ya bastante tiempo que se empleaba la lengua italiana como idioma escrito, y solo aquellas personas que por comodidad ó por ignorancia repiten las proposiciones ajenas, dirán que la creó de golpe, cuando sin hablar de otros, Guido Cavalcanti, su amigo, la manejaba con una elegancia completamente moderna (1). Alighieri le hizo tomar un vuelo mas sublime; no la fijó, pero sí la determinó. Sus palabras, si se exceptúan las doctrinales ó las que él mismo creaba por necesidad ó por capricho, casi todas se usan aun, como tambien las del Petrarca. Ha imaginado alguno que fué tomando de uno y otro dialecto las voces que le parecieron preferibles: mezcolanza absurda, que hubiera sido tan funesta al idioma como los ensayos que intentó Ronsard y su pléyada, y que está desmentida con solo observar que sus versos y su prosa en nada se diferencian (en cuanto á las palabras) de los versos y la prosa de sus contemporáneos y de los escritores anteriores. Habiendo tenido la dicha de nacer en Toscana, no necesitó emplear mas que su dialecto nativo; y si tomó voces de algun otro, son en menor número que las latinas y provenzales, que no por esto se han connaturalizado en Italia. Sin embargo, como consecuencia de su desdeñosa cólera contra la patria, quiso sustentar teorías opuestas á su práctica; y en el libro del *Vulgare eloquio*, escrito en latin por una extraña contradiccion, despues de discurrir acerca del origen del lenguaje humano (2), de la division de los idiomas, y de los

(1) Citarémos, como único ejemplo, dos estrofas de su balada *Era in Pensier d'amor* (Estaba enamorado),

Hallé en un bosquecillo una zagala.
Mas que la estrella hermosa
Con rubia cabellera,
Ojos llenos de amor y tez de rosa;
Á apacentar llevaba
Sus mansos corderillos;
Y el rocío bañaba
Sus piés desnudos; amoroso canto:
Completaba el encanto.
Saludé con amor á la pastora,
La pregunté si acompañada iba;
Y con voz apacible
Dijo, que sola por el bosque andaba.
Y añadió luego: sabe
Que mi pecho sensible
Amar desea cuando trina el ave.

(2) Cree que el hebreo fué la primera lengua, la cual tuvo

procedentes del latin, que son la lengua de *oc*, la de *oil* y la de *si*, reconoce en esta última catorce dialectos de que es preciso limpiar, como de mala yerba, el suelo patrio. Extirpa primero el de la Romanía, el de Espoleto, el de Ancona, despues el ferrares, el veneciano, el bergamasco, el genoves, el lombardo y los demas del otro lado del Pó, ásperos y erizados, así como los *cruelles acentos* de los Istriotas: en seguida condena á los Toscanos porque *arrogantemente se atribuyen el título de vulgar ilustre*, que, segun ellos, « es el que se presenta en cada ciudad y no reside en ninguna; vulgar cardenal, áulico, que pertenece á todas las ciudades de Italia y no parece hallarse en ninguna, con el cual los vulgares de todas las ciudades italianas deben medirse, pesarse y compararse. »

Jamas he podido comprender el objeto preciso que se propuso Dante en esta obra, tales son las frecuentes contradicciones en que incurre. He leído allí, « que no solo la opinion de los plebeyos, sino muchos hombres célebres, » daban ya entónces el título de lengua vulgar ilustre al florentino, lo cual Dante califica de *locura*; no obstante, cree indispensable asignar un dialecto como base de la lengua escrita, si bien el rencor le hacia preferir el boloñes al florentino, y asegurar que el latin debía escribirse con arreglo á la gramática, y el *hermoso idioma vulgar segun el uso*. En fin, él no trata de la lengua en general, sino de la que conviene á las canciones: tengan esto presente los que quieren convertir al Florentino Dante en un campeón contra aquel dialecto florentino, que tronizó para siempre.

Le ayudó en su obra Francisco Petrarca, que nació en Arezzo de Petracco, desterrado Florentino. Habiendo hecho sus estudios científicos preparatorios en Pisa, en Aviñon, y luego en Montpellier y Bolonia, preferia á los estudios del derecho la lectura de Ciceron y la compañía de Cino de Pistoya y Cecco de Ascoli, los cuales le inspiraron el gusto á la poesia italiana. Escaso de patrimonio, se dedicó al estado eclesiástico, y sus modales corteses, su talento claro y despejado le valieron una excelente acogida en la corte pontificia de Aviñon, donde la amistad de Jacobo, hijo de Estéban Colonna, que despues fué obispo de Lombez, le introdujo al conocimiento de los principales prelados. Se aplicó entónces enteramente á los estudios clásicos, é idólatra de la civilizacion antigua, su imaginacion le representaba sin cesar los héroes de otros tiempos y la ciudad de Rómulo y de Augusto,

origen al mismo tiempo que el hombre. En el *Paraíso*, por el contrario, la habia creído natural, opinando que ya no existia. Sostenia, como nosotros, que al primer hombre habian sido reveladas todas las ciencias:

Creés que cuanta luz tener es dado
Al hombre, toda se encontró infundida,
En el seno de Adán, del cual extrajo
Dios la costilla, tan fatal al mundo.

Par. XIII.

en la que los papas abandonaban á las bandas de los Orsini y de los Colonna, por lo cual aplaudió sinceramente á los que intentaron el restablecimiento de la república.

Aunque capaz de apreciar las bellezas de los clásicos, se figuró poder llegar á igualarlas, y compuso el *Africa*, poema cuyo argumento era el mismo ya tratado por Silio Itálico; hasta insertó en él un largo fragmento de aquel autor, lo que dió márgen á acusarle de que se creyese poseedor del único ejemplar de Silio, en cuyo caso nadie se presentaria á echarle en cara aquel plagio (1). Es una historia sin artificio poético, sin episodios nuevos, sin nada que suspenda la curiosidad; pero no se habian oído tan hermosos versos desde Claudiano, de tal modo habia convertido por la meditacion en sustancia propia la de los clásicos. Alude en sus *Églogas* á acontecimientos de su época, bajo nombres pastoriles, sin desdeñar la lisonja, y mostrándose mas poeta que en el *Africa*.

De estos versos latinos se prometia la inmortalidad, que debió por el contrario á un pequeño accidente de su vida. Enamoróse en Aviñon (1327) de Láura, hija de Odiberto de Nôves, y mujer de Hugo de Sade (2); pasión que no tuvo nada de novelesca, pues ella continuó viviendo en perfecta armonía con su marido, á quien hizo padre de doce hijos, y Petrarca por su parte no renunció á sus estudios, á amores mas positivos, á las intrigas de la corte, ni á pensar en su gloria, solo que componia para Láura de cuando en cuando ó traducida del provenzal algun soneto, alguna cancion, que la fama del autor y la suavidad intrínseca de los versos hacian buscar y repetir; de este modo adquiria entre las bellas la celebridad mediante la cual era grande entre los doctos. Esta publicidad le constiuyó en una especie de deber de perseverar en los mismos sentimientos con respecto á Láura, que parece se guardó bien de entibiarlos satisfaciéndolos. Despues, cuando esta murió al cabo de veinte años, Petrarca miró como un honor el seguir amando sus cenizas, nutriéndose de recuerdos y de dolor.

Lo que mas le agradaba en la hermosa dama de Aviñon, eran las perfecciones de su persona, los preciosos cabellos de oro, las manos blancas y finas, los graciosos brazos, el seno juvenil y hermoso (*Canc.* VIII), y los demas atractivos que la enorgullecian (3), cansando los

(1) El conde Alberti posee en Roma un Silio Itálico lleno de anotaciones de mano de Petrarca. Sin embargo, Caluso y Baldelli se ponian furiosos cuando alguno aseguraba que el amante de Láura debió conocer á aquel autor, y que el poema de Silio le habia suministrado el asunto del *Africa*.

(2) « Me voici arrivé, à l'époque la plus critique de la vie de Pétrarque. Je voudrais pouvoir la couvrir d'un voile, et cacher à la postérité toutes les folies que lui a fait faire une passion, qui l'a tourmenté pendant plus de vingt ans, et qu'il s'est renoué tout le reste de sa vie. » DE SADE, *Mém. pour la vie de F. Petrarque*, libro II. Por lo demas, no está demostrado suficientemente que Sade haya descubierto la verdad en lo perteneciente á esta Láura: véase *l'illustre châtelaine des environs de Vaucluse*; y la *Laure de Petrarque*, par HYAC DE OLIVER. — VITALIS, Paris, 1843.

(3) Que harto á mí me agradaba y á ella misma. Volvíala á ver mas bella y ménos fiera.

espejos á fuerza de mirarse. (Soneto XXXVII.) La veía en las claras, frescas y dulces aguas, en las verdes praderas, en la blanca nube, y dibujaba con el pensamiento su encantador semblante en la piedra. (Canc. XVII.) Con lo cual desmiente á las personas que han supuesto

Láura un ente simbólico, siendo así que siempre aparece como un ser real, y esto mismo fué lo que le preservó de extraviarse, como sus secuaces, en vanas abstracciones. Amó, deseó (1), y en el diálogo con San Agustín, confiesa la inquietud, los trasportes, insomnios, las angustias de su pasión, ó pide auxilio para conseguir libertarse de ella. Es verdad que dirigía á Cicerón, á Virgilio, á Varrón, á Séneca, á Tito Livio, cartas en que respiraba un ardor mas verdadero quizá, y expresado ciertamente con mas vivacidad que el que sentía hacia Láura; luego, en sus obras en prosa, habla de las mujeres en tono bien distinto, diciendo que el que se propone dedicarse al estudio debe huir del matrimonio, y permitirse lo mas una concubina; que es una locura afigirse por la muerte de una esposa, cuando al contrario debería uno regocijarse (2).

De todas maneras, su pasión ha producido un cancionero, que excepto doce sonetos y tres canciones, además de las dos que consisten en juegos de palabras, está consagrado únicamente á celebrar el amor. En la forma se complació en buscar dificultades, ya eligiendo las sextinas, composición provenzal en que la repetición cansada de las mismas desinencias no se encuentra remunerada con ninguna armonía; ya el soneto, que las mas de las veces solo tiene cuatro rimas; ya las canciones, sujetas á leyes inviolables. Añádase á estas poesías los *Triunfos*, sueños alegóricos y eróticos, en que presenta al amor triunfando del poeta; á la castidad de Láura triunfando del Amor, á la Muerte triunfando de Láura, Láura de la Muerte, á la Fama venciendo el corazón del poeta, que divide con el Amor; por último, al Tiempo aniquilando los trofeos del Amor, y á la Eternidad destruyendo los del Tiempo.

Estas son ideas y formas según el gusto de la época; pero aunque se pruebe que Petrarca tomó de otros, sobre todo de los Provenzales y Españoles, y de los escritores italianos que le pre-

(1) ¡Quién se viera á su lado
Desde que el sol se oculta,
Sin mas luz que la luz de las estrellas,
Solo una noche; y que jamás el alba
Volviere á blanquear, ni ella cambiase
Su forma en verde selva
Para huir de mis brazos!
Pigmaleon ¡Cuán venturoso fuiste
Con tu divina estatua!
Pues mil veces tuviste
Lo que una sola vez feliz me hiciera.

Y De contemptu mundi, dial. III: « Nullis mota precibus, nullis victa blanditiis, muliebrem tenuit decorem, et adversus suam simul et meam aetatem, adversus multa et varia que adamantinum flectere licet spiritum debuissent, inexpugnabilis et firma permansit. »

(2) De vita solitaria. — De remediis utr. fort.

cedieron, muchos de sus pensamientos; aunque se le tache de exagerado, de alambicamiento, de falsedad, siempre le quedará el mérito de una locución purísima, llena de frescura, aun después de cinco siglos, de un estilo vivo y correcto, de una variedad inagotable.

Compuso otras muchas obras: una colección de *Memorabili* del género de Valerio Máximo; un libro de la *Verdadera Sabiduría*, donde ataca la dialéctica de la época, frívola é inútil al corazón y al talento, poniendo en lucha á uno de aquellos pretendidos sabios con un ignorante dotado de sano juicio. Como algunos jóvenes Venecianos, que se permitían herir las reputaciones mas sólidas, le declarasen hombre de bien, pero con poca elevación de ingenio, les respondió en su libro *De la ignorancia propia y de la ajena*, donde hay que buscar algunas buenas sentencias en un mar de sutilezas y de erudición fácil y presuntuosa. La conclusión es que « las letras son para muchos hombres un instrumento de locura, de soberbia para casi todos, si no los cultiva un alma buena y virtuosa. » Después de atacar á un médico de Aviñón, se declaró contra todos los médicos, tratándolos de sectarios de una ciencia vana; de ambiciosos, que van por todas partes envueltos en mantos de púrpura, con preciosos anillos y espuelas doradas, como si aspirasen al triunfo, si bien pocos habian muerto las cinco mil personas que exigía la ley romana.

El libro *De los deberes y virtudes de un general* haría sonreír á Aníbal; el *Del gobierno de un Estado* está lleno de lugares comunes, que ni ilustran á los sabios, ni sirven para corregir á los malos. Escribió, para consolar á Azzo de Correggio, los *Remedios de la varia fortuna*, diálogos prolijos y descoloridos entre personajes ideales, en los que prodiga los argumentos y la erudición, para demostrar que los bienes de este mundo son fugitivos y engañosos, y que es posible, con ayuda de la razón, hacer perder á la desgracia su amargura, y convertirla en bien. Dirigió á Felipe de Cabassole, obispo de Gabaillon, dos libros acerca de *La vida solitaria*, oponiendo al fastidio del habitante de la ciudad la dulce existencia del que vive en el retiro; antítesis poco social, pues nuestro deber es trabajar aun en medio de la turba que nos pone obstáculos, nos desconoce y calumnia.

Petrarca asociaba al amor y á la filosofía la devoción, tercera fuente de inspiración; para él remordía la conciencia á causa del amor, rogando á Dios « hiciese entrar sus pensamientos » errantes en mejor senda; « de las bellezas de Láura se constituía una *escala para ascender hasta el Criador*, y después de su muerte esperaba volver á ver á su señor y á su dama, por la cual « habia hecho tantas limosnas y » mandado decir tantas misas y oraciones, con » tal devoción, que si hubiera sido la mujer » mas mala del mundo, la habria sacado de las » garras del diablo, aunque se aseguraba que

« habia muerto pura y santa (1). » Este pensamiento le inspiró el *Desprecio del mundo*, especie de confesión, donde no se encuentra la ostentación imprudente de algunas obras análogas, y en la cual, á imitación de la *Vida nueva*, comenta sus versos y analiza los sentimientos profundos y delicados.

Ofrece mas interés la colección de sus cartas familiares, *seniles, diversas y sin título*, que contienen su correspondencia con los hombres mas eminentes de su siglo. Siempre prolijo y afectado porque sabía que sus cartas circulaban y eran leídas á menudo por cien personas antes de llegar á su dirección, habla de los acontecimientos y las costumbres, de sus misiones, sobre todo de los desórdenes de la corte de Aviñón y de ciertos defectos de su época que pertenecen también á la nuestra. Ora censura á los filósofos modernos, que creen no haber conseguido nada si no ladran contra Cristo y su doctrina (2); « no se abstienen de atacar la fe sino » por el temor de los castigos temporales; pero » fuera de esto, se rien, adoran á Aristóteles sin » comprenderle, y declaran, al discutir, que » prescindien de la fe: » ora se queja de aquellos « que se llaman doctos en las ciencias, y » son objeto de risa, especialmente por el eterno » patrimonio de los ignorantes, la desmedida » vanidad: » ora de los que « llamándose Ita- » lianos y habiendo nacido en Italia, se esfuer- » zan en parecer Barbaros, y como si no bastase » á estos desgraciados haber perdido por su in- » dolencia, la virtud, la gloria, las artes de la » paz y de la guerra, que hicieron divinos á » nuestros antepasados, deslustran aun nuestra » lengua y hasta echan á perder nuestros ves- » tidos (3). »

Es curioso seguirle, recorriendo estas cartas, en sus viajes á las ciudades de los Barbaros, cuyos usos delineó algo superficialmente. Al entrar en París compara la disposición de su espíritu á la de Apuleyo la primera vez que vió á Hipato, ciudad de Tesalia, de la cual habia oído contar maravillas. La encontró verdaderamente grande, pero inferior á lo que esperaba, y mas sucia é infecta que todas las demas ciudades; excepto Aviñón. Pasó bastante tiempo en discernir lo verdadero de lo falso en aquella universidad, « semejante á una cesta donde se han reunido los frutos mas raros de cada país. » Los Franceses de humor alegre, amantes de la sociedad, fáciles y amenos en la conversacion, agradables en los banquetes, aprovechan toda ocasión de divertirse, y ahuyentan los disgustos con el juego, la risa, el canto, las bebidas y las comidas; de carácter atrevido y dispuesto siempre al ataque, si bien flojo é incapaz de resistir á las calamidades (4).

En Flandes y el Brabante, vió al pueblo ocupado únicamente en las tapicerías y las obras

(1) Un contemporáneo, citado por Tirabosqui.

(2) *Seniles*, 3.

(3) *Seniles*, 6.

(4) *Apoll. contra Galli calumniam*.

de lana; costóle mucho trabajo proporcionarse en Lieja tinta para copiar dos oraciones de Cicerón; admiró en Colonia la urbanidad extremada en una ciudad bárbara, el modesto continente de los hombres, el esmerado aseo de las mujeres, y si no habia allí Virgilio, encontró copias de Ovidio. Sus amigos le condujeron á las orillas del Rin para admirar allí la puesta del sol, y por ser la víspera de San Juan, una infinidad de mujeres cubrian la ribera, sin tumulto, coronadas de flores, con las mangas subidas hasta el codo, para lavarse las manos y los brazos en la corriente, recitando versos en su idioma, y figurándose que aquella lustración las preservaría de desgracias en el curso del año. Nadie se atrevía entonces á cruzar por la famosa *Ardena* sin una buena escolta, tanto á causa de los bandoleros, como de las hostilidades entre el conde de Flandes y el duque de Brabante. Alegróse, pues, cuando saliendo de aquellos montes volvió á ver el hermoso país y el delicioso raudal del Ródano, y á Aviñón.

Nada, sin embargo, encontró que le indujese á sentir haber nacido Italiano. La Francia recibió de Roma los dones de Baco y de Minerva; pero no se cultivan en ella sino pocos olivos y ningún naranjo; sus carneros no dan buena lana, y la tierra no tiene minas ni aguas termales. En Flandes se bebe hidromiel, en Inglaterra cerveza y sidra. ¿Qué dirá de los climas helados que bañan el Danubio, el Bog y el Tanais? Madrastra fué la naturaleza para estos países. Unos carecen de leña, y se calientan solo con el estiércol; otros están desprovistos de agua potable, y se ven afligidos por las fétidas exhalaciones de los pantanos; estos no poseen mas que matorrales y árida arena; aquellos abundan en serpientes, tigres, leones y leopardos (1). Italia fué la predilecta del Cielo, que le concedió el imperio supremo, los ingenios, las artes, y principalmente la cítara, por cuyo medio los Latinos triunfaron de los Griegos, y nada le faltaría si Marte no le fuera funesto.

Opina que las mujeres de Roma se creen con razón superiores á todas las demas, por reunir al pudor y á la modestia de su sexo una varonil constancia. En cuanto á los hombres, son buena gente, afables, respecto de los que los tratan con dulzura, si bien no admiten chanzas en un punto, á saber, la virtud de las mujeres. Léjos de ser condescendientes bajo este concepto, como los de Aviñón, tienen siempre en la boca esta frase de un antiguo: *Pegadnos, pero que se salve la honestidad*. Le sorprendió hallar en aquella ciudad tan pocos mercaderes y usureros, quizá porque el comercio se habia alejado de allí al marcharse la corte pontificia.

En todas partes tributaban á porfia honores al poeta: « Los príncipes de Italia (dice) aspiraban » á detenerme con súplicas ó á la fuerza; sen- » tian mi partida y aguardaban mi retorno con » extremada impaciencia. » Retuviéronle los Visconti en Milan largo tiempo, y en las nupcias

(1) Estas últimas á lo ménos son figuras retóricas.

solemnes de Violante con Leonel, hijo del rey de Inglaterra, le hicieron tomar asiento entre los príncipes, tributándole él en cambio alabanzas (1). Estaba recitando la oración inaugural de los tres sobrinos del arzobispo Juan, cuando le interrumpió el astrólogo que había reconocido en el cielo el punto más favorable para la ceremonia (2). Recibió frecuentes invitaciones de los Gonzagas; Azzo de Correggio le profesó el cariño de un hermano; el belicoso Pablo Malatesta, que no le conocía, envió a un pintor para que sacase su retrato, habiéndole encontrado luego en Milan, le costaba mucho dejar su conversacion. Como estallase la guerra entre los habitantes de Carrara y los Venecianos, le envió una escolta para seguridad de su persona. El gran senescal Nicolas de Acciojuoli iba á menudo en Milan á su casa, como Pompeyo á la de Posidonio, con la cabeza descubierta é inclinándose por respeto, de suerte que hizo saltar las lágrimas al poeta. Fué objeto de grandes demostraciones por parte de Carlos IV, quien le regaló una copa de oro, y le confirió el título de conde palatino.

Este entusiasmo se extendió á las clases inferiores: un anciano ciego maestro de gramática en Pontremoli, fué hasta Nápoles para oírle, y no encontrándole allí, volvió á emprender su marcha. « decidido á buscarle hasta en las Indias. » Por fortuna le halló en Parma, donde le abrazó con indecible trasporte, no cesando de besar la mano que había escrito cosas tan dulces. Enrique Capra, platero de Bérgamo, encantado de haber conocido en Milan á Petrarca, llenó su casa de imágenes suyas, mandó comprar sus obras, y abandonando su arte, reunió

(1) Á propósito de Luchino Visconti escribe (*Epist. fam. VII, 43*): « Reges terre bellum literis indixerunt; aurum credo, et gemmas atramentis inquinare metuant, animum ignorantia cæcum ac sordidum habere non metuant. Unde illud regale dedecus? videre plebem doctam, regesque asinos coronatos licet (sic enim eos vocat romani cujusdam imperatoris epistola ad Francorum regem). Tu ergo hac ætate vir maxime, et cui ad regem nihil propter nomen regium desit... meliora omnia de te spero. »

Y en otro lugar:

Maximus ille vicium quos suscipit itala tellus,
Ille, inquam, aeris parent cui protinus Alpes,
Cui pater Apenninus erat cui ditia rura
Rex Padus ingenti spumans intersecat amne,
Atque coronatos allis in turribus angues
Obstupet...
Adriaci quem stagna mariis thirreaque late
Aequora permittunt, quem transalpina verentur
Seu cupiunt sibi regna ducem, qui crimina duris
Nexibus illaqueat, legumque coercet habenis,
Justitiaque regit populos, qui que aurea fessæ
Tertius Hesperia: melioris secla metali
El Mediolani romanas contulit artes.
Parcere subjectis et debellare superbos.

Epist. metr., lib. III.

Al nacimiento de un hijo de Bernabé:

Te Padus expectat dominum, quem flumina regem
Nostra vocant, te purpureo Ticinus amictu...
Tu quoque tranquillo votivum pectore natum
Suscipe, magne parens, et par vestigia gentis
Ire doce, generisque sequi monumenta vetusti.
Inveniet puer iste domi calcaria laudum
Plurima, magnanimos proavos imitetur avosque,
Mirarique patrem docili condiscat ab ævo.

(2) *Seneca*, III, 1.

libros y se dedicó á conversar solo con los sabios; despues hizo tanto que consiguió que el poeta fuera á su casa (1358), y salió á recibirle con cuantos eruditos había en el contorno, y aunque el podestá y los principales ciudadanos deseaban alojarle en el palacio del Comun, Capra quiso tenerle en su casa. Había mandado disponer una sala colgada de púrpura y un lecho adornado de oro, donde juró que nadie más había dormido ni dormiría. Despues, en el momento de la partida, fué tanta su pesadumbre que creyeron que se volvía loco.

Objeto de veneracion por parte de los literatos y del vulgo, recibió al mismo tiempo una invitacion de las universidades de Paris y de Roma, para ir á recibir la corona de poeta. Le agradó más la perspectiva de ser honrado con una guirnalda de laurel, á causa de la semejanza del nombre con el de su dama, y prefirió á la ciudad del lodo, aquella en que habían triunfado Pompeyo y Escipion, su héroe. De consiguiente, se dirigió á Roberto de Nápoles, encargado de juzgar de su mérito, el cual despues de haberle examinado durante tres días, le halló digno del laurel poético. El día de Pascua de 1341, vestido Petrarca con un traje de púrpura, que este príncipe le había regalado, subió al Capitolio al son de trompetas y en medio de aclamaciones, y habiéndose arrodillado ante el senador, recibió de su hermano la corona, mientras un pueblo inmenso gritaba: ¡Viva el poeta! ¡viva el Capitolio (1)!

En Arqua, donde había adquirido una casa de campo, á fin de estar en las inmediaciones de su canonicato de Padua, se le encontró muerto sobre un Virgilio. En su testamento designó por heredero á Francisco de Brossano, su yerno; al príncipe de Carrara, dejó una Virgen María pintada por Giotto, « cuya belleza no comprenden los ignorantes, si bien causa la admiracion de los maestros del arte, » y cincuenta florines de oro á Boccaccio, para hacerse una buena bata que le abrigase durante sus veladas de invierno.

La poesía de Dante y Petrarca fué modificada por la índole de la época y por la suya propia. Alighieri vivió con los últimos héroes de la edad média, corazones enérgicos, consagrados enteramente á la patria y celosos de su libertad, habiéndose engrandecido en medio de las luchas de partido, de los destierros, de las emigraciones, de las matanzas, cuando en las repúblicas ya próximas á caer en la tiranía, las pasiones

(1) Véase el acta de la coronacion del Petrarca. « Nos, conde y senador, conde de Anguillara, en nuestro nombre y en el de nuestro colegio, declaramos gran poeta é historiador á Francisco Petrarca, y como indicio especial de su calidad de poeta, hemos ceñido por nuestra mano con una corona de laurel su frente, concediéndole la supremacía segun el tenor de las presentes y por autoridad del rey Roberto, del Senado y del pueblo de Roma, en el arte de la poesía y de la historia, y generalmente en todo lo que á estas artes correspondan, tanto en la santa ciudad como en cualquiera otra parte, libre y entero permiso de leer, criticar é interpretar todos los libros antiguos hacerlos nuevos y componer poemas que, Dios mediante, vivirán de siglo en siglo. »

1374.
18 de julio.

Paralelo
de
Dante
y
Petrarca.

violentas no tenían el freno de la ley ni de la opinion, de manera que los hombres sentían todo el poder individual, concitado por las grandes cosas, y bastaba mirar en derredor para hallar caracteres poéticos con que poblar los tres reinos. Otras miserias afligían la época del Petrarca, y las causaban los manejos de una política torcida. Ya no se consumaban las venganzas con la punta de la espada, sino con ayuda de embajadas insidiosas, de asechanzas, de venenos. Á Federico II, á San Luis, á Sor-dello, á Giotto, á Farinuta, á Bonifacio VIII, habían sucedido el rey Roberto, Estéban Colonna, Nicolas Rienzi, Clemente VI, Simon Memmi; á la unidad católica no contradicha por nadie el miserable destierro de Aviñon, y se preparaba la época de la culta inercia, de los delitos débiles, de las virtudes sin vigor, de las desgracias sin compasion ni gloria.

Dante, lleno de ira al verse acosado por el infortunio, despreció la fama y cuanto en la tierra se susurra, y proclamó que honra al hombre sobremanera la venganza. (*Convivio*.) Á sus mismos amigos inspiró más bien respeto que cariño, lo cual constituye la gloria y la miseria de los caracteres enérgicos y de los ingenios singulares. Petrarca, dotado de un carácter benévolo, dispensaba y ambicionaba la alabanza: se apasionaba por un Mecénas, por un autor, por la familia rústica que le servía en Vacluse. Mil veces se proponía huir de los lúgubres funestos á su tranquilidad, y siempre volvía á ellos; mientras que Dante, no aviniéndose con Gemma, su esposa, « se alejó de su lado, y despues jamás quiso volver adonde ella estaba, » ni permitió que Gemma fuese adonde él residía. (BOCCACCIO.)

Disgustado Petrarca de su época, se retiraba á la soledad, ó se sumergía en el estudio de los autores antiguos (1); Alighieri extendía sus miradas por todo el mundo, á fin de recoger lo que le convenia (2). Ni la noche, ni el sueño le ocultaban *solo paso de los que daba el siglo en su marcha*, y le importaba poco que sus palabras tuviesen al principio *un sabor demasado ácido*, con tal de que luego se encontrara en ellas *vital alimento*. Petrarca, hasta cuando censura, se da prisa á declarar que lo hace por amor á la verdad, y *no por odio ni desprecio de nadie*. Dante teme *deshonrarse* á los ojos de la posteridad más remota, mostrándose amigo tímido de la verdad.

Uno y otro (por eleccion, fuerza ó moda) se hallaron junto á los pequeños señores de Italia; pero Petrarca les dispensó bajos y hasta viles elogios, al paso que Dante conservó su altivez (3), y si alaba á alguno, es con la esperanza

(1) « Incubuit unice ad notitiam antiquitatis, quoniam mihi semper atas ista displicuit. » Ep. ad posteros.

(2) *Auctor venetus fuit ubique quidquid faciebat ad suum propositum*. BENVENUTO IMOL. al XIV del Purgatorio.

(3) Petrarca reñere que Can Grande reconvinó á Dante porque mostraba menos cortesía y urbanidad que los mismos historiadores, y que los bufones de la corte. *Memorab.* 2. Habiéndole

de que hundirá en el infierno á la loba que destroza á Italia. « ¡Ah, miserable y mal nacido! » exclama, que desamparáis á las viudas y á los huérfanos, y despojáis á los débiles; que robáis y os apropiáis el bien ajeno para empearlo en los festines, en hacer regalos de armas y caballos, de vestidos y dinero; que lleváis magníficos trajes, construís admirables edificios y creéis mostraros así generosos. « ¿Es eso otra cosa que quitar el paño del altar para cubrir con él al ladrón y á su mesa? No debe uno reirse menos, tiranos, de vuestras habitaciones que del ladrón que llevase á su casa convidados, y pusiese sobre su mesa un mantel robado de encima del altar, todavía con los signos eclesiásticos en la creencia de que nadie lo advertiría. »

Ambos reprenden á los Italianos sus odios fratricidas, pero Dante parece atizarlos. Petrarca exhortó á fray Bussolari á permanecer tranquilo; ayudó á los Scaligeri, cuando enviaron á pedir á Aviñon la señoría de Parma, é iba *gritando paz, paz, paz*, sin recordar que esta vale menos que la guerra cuando no es honrosa, y cuando es necesario rechazar la « astucia bávara, y el diluvio reunido en desiertos extraños, para inundar las risueñas campiñas de la Italia. »

Descendientes ambos de padres güelfos, hablaron mal de la corte pontificia; pero Dante por los males que causaba á la Italia y á la Iglesia, y Petrarca por sus costumbres disolutas: el cantor de Láura, si bien aplaudió arrastrado por los recuerdos clásicos á Nicolas Rienzi, como restaurador del tribunado, y exhortó á Carlos de Bohemia á humillar la frente de Babilonia, no dejó de ser querido siempre por los prelados y murió en olor de santidad, al paso que Dante inspiró sospechas de impiedad, y faltó poco para que se turbase el descanso de sus huesos.

En conformidad de sus indoles respectivas, Dante se atrevió, á pesar de la desaprobacion de los doctos y de la novedad de la tentativa, á describir en idioma italiano el *fundamento de todo el universo* (1); Petrarca, aunque llegó despues

preguntado Can Grande: « Por qué me gusta más aquel bufón que tú, á quien elogian tanto? » Dante contestó: « No te sorprenderías si hicieras memoria de que la semejanza de costumbres engendra la amistad en las almas. »

(1) Fray Hilario escribía á Hugucione de la Fagginola: « Segun he oído decir, antes de la pubertad intentó ocuparse en cosas inauditas, y (lo que es muy admirable) aquellas materias que los hombres más instruidos apenas pueden expresar aun en latin, trató de ponerlas claras, valiéndose del lenguaje vulgar, y no sencillo, sino músico... Llegó aquí al pasar por la diócesis de Luni, fuese movido de la religion del lugar, ó de cualquier otro afecto. Cuando le vi, sin conocerle, como tampoco los demás hermanos, le pregunté qué quería y á quién buscaba. No respondió una palabra, y siguió contemplando en silencio las columnas y las vigas del claustro. Le pregunté de nuevo qué quería y á quién buscaba. Entonces, volviendo lentamente la cabeza, y mirando á los hermanos y á mí, respondió: ¡La paz! Cada vez más deseoso de saber quién era, le llamé aparte, y habiendo hablado con él algunas palabras, le conocí, pues aunque no le había visto nunca antes, su fama había llegado á mis oídos hacía mucho tiempo. Cuando vió que clavaba en él los ojos, y que le oía con sumo interés, sacó un libro del seno, le abrió con aire de nobleza, y me lo presentó »